

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Viernes 21 de Julio.

El Eco de Cartagena

El castillo de la Aljaferia en Zaragoza.

Los que hayan asistido en Madrid á la representacion de la popular ópera del célebre maestro Verdi, titulada «El trovador», habrán podido admirar una preciosa decoracion, representando el poético castillo en que el apasionado Manrique exhala los mas ardientes y melancólicos acentos; en que resuena aquella patética y conmovedora plegaria del famoso Miserere, que oprime el mas duro corazón, y cuando el castillo desesperada Leonor arranca de su dolorido pecho los mas desgarradores lamentos tristesimos, preludios del trágico final. Como sucede siempre en el teatro, aquella deliciosa decoracion presenta el castillo de la Aljaferia bajo un aspecto magestuoso, iluminado por dorada luz, embellecido por altas almenas y soberbios torreones, prestando á los sublimes cantos del inspirado maestro toda la magia de seductoras perspectivas.

Demasiado sabemos los que asistimos á las representaciones teatrales que allí todo es convencional; que la naturaleza, los sentimientos, las pasiones toman un tinte exageradamente ideal, muy distante de como se ofrecen en la realidad; mas al oír hablar de un antiguo castillo, palacio de poderosos reyes, en que figuran tan fieras y románticas escenas, ¿quien no creará que el verdadero castillo de la Aljaferia de Zaragoza, si no es tan bello como nos lo ofrece la fantástica decoracion, conserva por lo menos nobles vestigios de antigua residencia soberana?

¡Ay! Desgraciadamente ni esto siquiera presenta ahora en el exterior el castillo de la Aljaferia: hace pocos años se hallaba rodeado de un ancho foso; tenia un puente levadizo; al rededor de su recinto los centinelas daban por la noche de cuarto en cuarto

de hora la voz de alerta, que se transmitia de unos á otros hasta el último. Los ojos veian un cuartel vulgar construido por Felipe V sobre las ruinas del antiguo castillo; pero la imaginacion, al contemplar el ancho foso, el puente levadizo, el recinto guardado por centinelas se trasladaba á aquellos tiempos en que la Aljaferia fué la mansion de galantes reyes moros, de los guerreros monarcas aragoneses, que arrancaron de la dominacion sarracena los reinos de Mallorca, Valencia y Murcia, que resistieron el empuje de numerosos ejércitos franceses, y conquistaron los reinos de Nápoles y Sicilia. Ahora el ancho foso aparece relleno, el puente levadizo no existe, el recinto ha desaparecido, los centinelas no dan ya la voz de alerta, el tiempo ha arrebatado toda la magia exterior al renemorado castillo.

Por fortuna la Aljaferia conserva todavia interiormente algunos magestuosos, aunque deteriorados vestigios de su pasado esplendor, y la historia registra en sus páginas hechos memorables ocurridos en aquel castillo de glorioso recuerdo los cuales aunque brevemente narrados, serán objeto del presente artículo.

Sabido es cuanto admiran, los extranjeros particularmente, los preciosos restos que en arquitectura nos han dejado los árabes: la mezquita de Córdoba y la Alhambra de Granada, sobre todo, son monumentos que llevan impreso el génio artístico de aquel pueblo culto, galante y caballeresco. El esmero en el trabajo, la delicada variedad en los adornos, el gusto, la gracia, la riqueza y la hermesura del conjunto resaltan en ellos con la misma lozanía, con la propia frescura que ofrecen las sutiles campañas que engalanan á aquellas cortes de espléndidos califas y de apasionados reyes moros.

Una pequeña mezquita de este género tan admirado se conserva todavia en la Aljaferia de Zaragoza, y cosa singular el monumento árabe se halla debajo del magnífico salon de los reyes católicos, que espulsaron los últimos restos de aquel pueblo, que nos dominó siete siglos. Al ver esta superposicion de arquitecturas

diversas, diríase que el pueblo cristiano, á quien representa la superior ha puesto el pié y aplastado para siempre al pueblo árabe, representado en la inferior. Esta mezquita particular de los reyes moros de Zaragoza es una estancia de planta octógona de 26 palmos de diámetro y sobre sus ocho lados se elevan otros tantos arcos formando diferentes ángulos rectilíneos, á escepcion de uno, que es de forma de herradura, los cuales estaban sostenidos por dos columnas de mármol de 9 palmos de altura, de las que aun existe la mayor parte, pero mutiladas y maltratadas. Los entrepaños y lienzos de sus paredes están adornados por el estilo de los de la Alhambra, con trepados y calados arabescos de mérito y deteniéndose en la parte occidental de esta estancia, pero con direccion á oriente, se ve un nicho ó hueco, al que presta entrada el arco de herradura, cubierto con una concha. Este era el sitio en que hacian oracion los reyes moros de Zaragoza, y cuando lo visitaba la imaginacion me representaba á uno de aquellos reyes con su negra barba, sus graves facciones, su ondulante alboroz y su pintoresco turbante de cuyo trage parecen descender las mantas de vivos colores en que se envuelven, y los alegres pañuelos con que se abrigan las cabezas los aragoneses. El museo arqueológico de Madrid guarda los adornos de dos arcos primitivos de forma apuntada en ondas semicirculares, festoneados de arabescos, iguales á los de la mezquita arrancados hace poco tiempo del patio de Santa Isabel.

El salon de Santa Isabel ¿que español no recuerda con legitimo orgullo la gloriosa monarquia de los reyes católicos D. Fernando y doña Isabel, en cuyo tiempo fueron conquistadas Málaga y Granada, últimos, pero hermosos restos de la dominacion árabe en España; en que la Italia presencié atónita la derrota de los valientes ejércitos franceses por aquellos famosos tercios, que habian de ser por muchos años el asombro y el terror de Europa; y en que brillaron los famosos cardena-

les Mendoza y Gimenez de Cisneros, el caballeresco Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, y el célebre almirante Cristóbal Colon, que nos descubrió un mundo. Aquellos esclarecidos monarcas construyeron en la Aljaferia de Zaragoza un magestuoso salon, que debia ser el del trono ó de embajadores. Este magestuoso salon, que ostenta una galería ó tribuna pública sobre el suelo de la cornisa, arquitrabada con inscripciones góticas, un techo de una decoracion hermosa, grave y sólida á la vez, constituido por un armado de maderas formando casetones octógonos perfectamente moldurados y en su centro una pila dorada, como todas las molduras del salon, tiene en el friso una inscripcion dos veces repetida, con los nombres y títulos de tan ilustres soberanos, y la fecha para siempre memorable de 1492, en cuyo año se descubrió el nuevo mundo. La riqueza de estos artesonados tiene un recuerdo histórico que aumenta la gloria de los aragoneses, y es el haberse dorado, segun pretenden los historiadores de aquel antiguo reino, con el primer oro que se trajo de América. A la izquierda de este salon se encuentra el gabinete ó sala de Santa Isabel, con una alcoba en la que se dice nació esta princesa, despues Reina de Portugal.

Estas valiosas joyas arqueológicas yacen hoy en la desnudez y el abandono; pero en medio de los rigores de la fortuna traspira en ellas cierto aire de grandeza y de magestad que la miseria no acierta á desvanecer. En el próximo número relataré lo mas brevemente posible los hechos memorables ocurridos dentro del recinto de la Aljaferia, y extractaré la hermosa crónica caballeresca que trae Cervantes en su famosa obra, D. Quijote de la Mancha.

MANUEL MARCO.

Miscelánea.

Segun la «Revista Oriental Men-